

## La libertad y la ética

*Rafael Fernández Concha*

Alexis de Tocqueville, al final de *Democracia en América*, compara la diferencia entre el viejo orden y la nueva democracia como si fueran parte de dos humanidades diferentes. Algo análogo ocurre con el sentimiento común de las mayorías al enfrentarse a este fenómeno: rechazar lo anterior y asumir el nuevo con todo lo que implica.

Dando una mirada a los hechos de las nuevas democracias, remontando incluso hasta la revolución francesa, descubrimos efectivamente que las nuevas democracias ciertamente implican la disolución de vínculos de larga data y el reemplazo de estos por nuevas relaciones: aquellas establecidas desde la libertad de cada individuo que con su asentimiento sellan. Evidentemente, hay un notorio progreso en estos nuevos vínculos: ningún individuo está obligado a nada que él no haya consentido. Ese es el sentido emancipador de la nueva democracia prácticamente desde su origen.

Dicho esto, viene al caso preguntarse cuál es la relación de todo esto con la ética y con la contabilidad, que es el punto central que se desarrollará en este ensayo. En suma, se trata de analizar cómo la pérdida de la fortaleza de los vínculos sociales ha ido gestando un individualismo radical, basado en la creencia, que con el tiempo se ha ido distorsionando, de que la libertad del individuo y su deseo por elegir lo que él guste es el último y único fin de la sociedad. Es decir, se pasó de una visión teocéntrica-comunitaria a una visión antropocéntrica-individualista. Ciertamente, sustentar una ética de responsabilidad social, de transparencia, de legitimidad con el régimen gubernamental, de solidaridad, de valores y compromiso, etc. resulta bastante difícil con

tan endeble fundamentos sociales y con una mentalidad centrada no en el bien común sino en el deseo individual.

La primera consecuencia a analizar es la consolidación, ya en el renacimiento y más radicalmente en el siglo XIX, de un pragmatismo utilitario que deja de lado la ética y todo compromiso social para asumir como estandarte el provecho económico y la posibilidad real de llevar a cabo la acción. Ya la medida no es el bien y el mal; la medida ahora es que sea beneficioso "para mí" y que pueda realizarlo sin consecuencias negativas. En la época ilustrada las comunidades ya no son las que rigen los destinos de los hombres; en las familias, el padre y la madre ya no poseen tanta autoridad sobre los hijos (todos son iguales), los gobiernos ya no exigen a los soldados ciudadanos su participación en los conflictos armados sino que recurren a milicia profesional contratada de otros lugares; en el siglo XIX se desarrollan teorías filosóficas y políticas en torno al pragmatismo, al individualismo y a la prescindencia de valores superiores al hombre. Desde la escuela de Frankfurt, el pragmatismo inglés, hasta las teorías del super-hombre nietzschianas y más tarde el deconstructivismo posmoderno, la concentración de la atención está puesta en el individuo, sus necesidades y su capacidad para alcanzarlas.

Hoy en día, las comunicaciones han alcanzado niveles sorprendentes en volumen y velocidad. Prácticamente cualquier tipo de información puede trasladarse a lo largo del mundo en cuestión de segundos. De alguna forma, los vínculos entre sociedades nuevamente se van fortaleciendo por esta poderosa herramienta que es internet. Sin embargo, como el dicho americano enuncia: *"fools with tools are still fools"* ("tontos con herramientas igual son tontos"), la solución va más allá de meros medios comunicativos.

En el pasado también se han presentado otras propuestas ante el complicado panorama del individualismo. Hobbes y su *Leviathan* político, y ya en el siglo XX los nacionalismos y los

comunismos, como más adelante los colectivismos "*light*" (*hippies, yuppies, baby boomers, etc.*) han buscado suplir una exigencia inherente a la naturaleza humana: la de hacer correcta vida en sociedad.

Es innegable que la nueva democracia (utilizo este término para especificar la democracia ilustrada y así diferenciarla de la romana) porta innumerables beneficios a la sociedad. No es el objetivo de este ensayo rechazar todo lo positivo del aporte de ésta a lo largo de los siglos de su existencia pero sí resaltar las consecuencias antropológicas y el desplazamiento idiosincrático que se ha dado y cómo ellos socavan los fundamentos esenciales para una mirada ética a la realidad. Ya los hechos terribles de las crisis de especulación (sin contar con las guerras mundiales, la destrucción medio-ambiental, la esclavitud —desde la de negros hasta la sexual o la infantil—, etc.) nos dan cuenta de la importancia de entender la raíz del problema.

Se ha de decir que la democracia, la experiencia de "liberación", porta de suyo e implica inextricablemente una misión para cada individuo: reconocer su *pathos*, su destino a ser libre; es decir, está como "condenado" a ser libre y ello exige una toma de conciencia y una serie de toma de medidas al respecto. Aunque el liberalismo como corriente de pensamiento quiera plantear lo contrario y se ensalce la libertad sobre todas las cosas, es necesario dejar claro, que el fin último de una sociedad moderna no puede ser el ejercicio del libre albedrío por sí mismo, como mero mecanismo. Al contrario, la democracia exige una cultura ciudadana sumamente fuerte (y en eso difiere la "nueva" democracia de la romana) y se establece como un don, como algo recibido que se debe cuidar y valorar. Tampoco es viable un retorno a los sistemas democráticos romanos, pues vivimos en una sociedad global en la que no es posible identificarse con lo propio y rechazar lo ajeno; el desafío está más lejos.

Aparte de toda la retórica que pueda utilizarse es imprescindible preguntarle a todo el edificio de la filosofía política, qué es lo que une a cada uno de los individuos libres e independientes que están esparcidos sobre el globo. La cuestión ya no es en torno a la igualdad de los hombres y a la importancia de su libertad individual; la pregunta que la historia plantea hoy a las sociedades es qué tienen en común todos esos sujetos. Antes de enfatizar qué "desea" la voluntad individual, el énfasis debe estar puesto en cuál es el territorio común para éstas. No se podrá ahondar demasiado en estas disquisiciones en el presente ensayo; pero dado que la civilización se ha reemplazado por política —y por una política "débil", parafraseando a Vattimo— es imperativo establecer hoy más que nunca lo común, lo público, como territorio propio.

## Referencias

Aristóteles. *Ética a Nicómaco*.

Pieper, J (1992). *Abuse of language. Abuse of power*. San Francisco, EE.UU: Ignatius Press.

Sáinz, J.A. y J.C. Cubeiro (2005). *El club del liderazgo*. Barcelona, España: Ediciones Urano.

Vattimo, G. (1988). *El pensamiento débil*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.